

SEDE APOSTÓLICA  
SECRETARÍA DE ESTADO  
*Angelo Sodano, Cardenal-Secretario de Estado*

## Homilía

ATENTADO DEL 11 DE MARZO DE 2004

# Misa por las víctimas del atentado de Madrid

26 de marzo de 2004

---

Señores cardenales y venerados concelebrantes; distinguidas autoridades y señores embajadores; queridos amigos españoles e italianos:

En el momento del dolor, la comunidad cristiana ha sentido la necesidad de congregarse en oración en esta estupenda basílica romana, para testimoniar su fe, para reavivar su esperanza y para encomendar a las manos misericordiosas del Padre que está en el cielo a los hermanos y hermanas de Madrid víctimas de la horrible matanza que perpetraron manos homicidas el pasado día 11 de marzo. Una vez más Caín ha matado a Abel. Una vez más el odio del hombre ha causado la muerte de personas inocentes.

Es el misterio del corazón humano, que puede pervertirse y llegar a amar más la muerte que la vida, más las tinieblas que la luz. Nuestro poeta Giacomo Leopardi amaba mucho las palabras misteriosas del evangelio de san Juan, con las que Jesús, ante las grandes aberraciones de su tiempo, exclamó: «*Vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz*» (Jn 3,19). Nuestro poeta quiso situar estas palabras al inicio de su conocida poesía "La Retama", la flor solitaria que veía brotar de la lava exterminadora del Vesubio.

Señor nos ha recordado en la segunda lectura: «*Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin*» (Ap 21,6). Así pues, a él deben volver todos los hombres, para recobrar el sentido de la existencia, de la vida y de la muerte.

Esta fe se convierte para nosotros en fuente de oración apremiante. En el salmo responsorial hemos cantado: «*En ti espero, Señor, Dios de vivos*» y hemos hecho nuestra la hermosa oración del salmo 129: «*De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam*», «*Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz*».

Es un salmo que han cantado generaciones de fieles en nuestras parroquias en los momentos de dolor por la muerte de un ser querido. Es un salmo que hoy brota de nuestro corazón para expresar toda nuestra esperanza cristiana, esperanza en la ayuda del Señor durante la vida presente y esperanza de una paz definitiva en la patria celestial.

Esta es la esperanza que nos fortalece incluso en las pruebas más duras de nuestra peregrinación terrena. En efecto, sobre nosotros vela siempre la Providencia de Dios, del Dios que, como escribía nuestro gran Alessandro Manzoni: «*Nunca turba la alegría de sus hijos, si no es para prepararles una más cierta y más grande*». Incluso en los momentos más tenebrosos de la historia, el cristiano puede repetir siempre las palabras del *Te Deum*: «*In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum*», «*En ti espero, Señor; no quede confundido para siempre*».

Desde luego, la confianza en Dios no nos exime de nuestro compromiso personal de trabajar para alejar los males que afligen a nuestra sociedad. Al respecto, la sabiduría de los antiguos españoles nos ha dejado el conocido proverbio que nos propone el ejemplo de quienes trabajan «*a Dios rogando y con el mazo dando*», es decir, el ejemplo del herrero que está forjando su hierro, y que, a la vez que ora a Dios, no deja de usar su martillo para obtener la obra que pretende realizar. Por lo demás, esta es la traducción popular del principio que nos dejó un gran santo español, san Ignacio de Loyola: «*Confiar en Dios como si todo dependiera de él; y al mismo tiempo trabajar como si todo dependiera de nosotros*».

Hermanos y hermanas en el Señor, Cristo nos dijo: «*Confiad, yo he vencido al mundo*» (Jn 16,33). «*Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20). *Los peccadores del infierno no se arrepentirán.* (cf. Mt